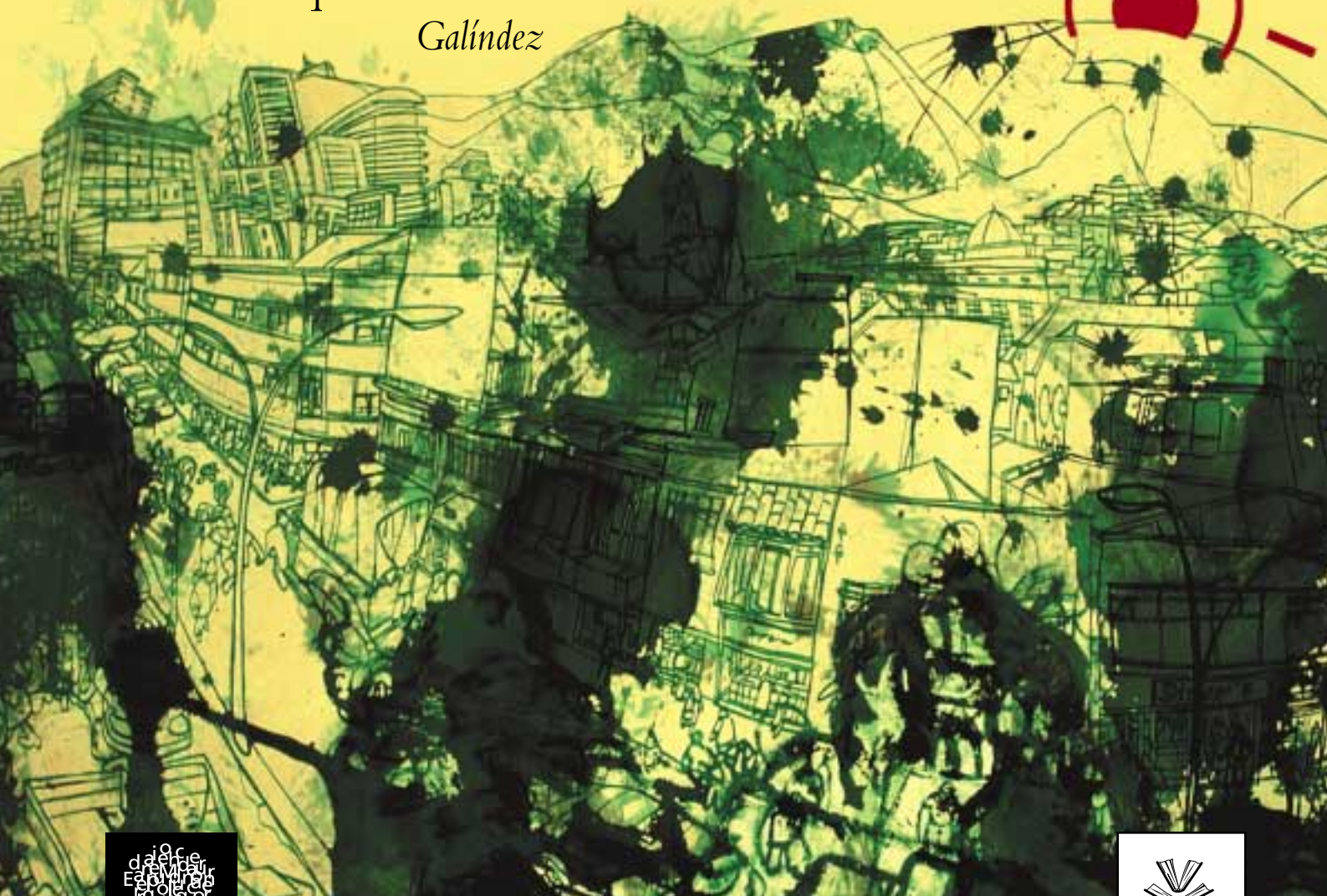


“En la colina me espera... en la colina me espera...” El verso te da vueltas por la cabeza, como si fuera un surco rayado de un viejo disco de piedra. “En la colina me espera... en la colina me espera...” “Y volveré... volveré o me llevarán ya muerto... a refundirme en la tierra...” Ni siquiera eso fue posible, Jesús, musitas y te parece hablar con ese extraño compañero enquistado que desde hace años llevas dentro de ti. El viento limpia el valle de Amurrio y te levanta las faldas sobre esta colina de Larrabeode, la colina escogida como si fuera la colina, exactamente, la colina que esperaba a Jesús Galíndez. Tienes frío y los huesos aguados por el viento que pule el pequeño monumento funerario dedicado a Jesús Galíndez y por la humedad retenida en el depósito que se cierne sobre el valle con su amenaza, promesa de agua. La estela de piedra parece ridícula y amedrentada por el colosalismo del depósito, poco más que un pretexto para no perder del todo la memoria, una memoria, un homenaje residual y probablemente incómodo. “No dudamos de que su pueblo natal querrá sumarse gustoso al mismo y con tal fin...”

Manuel Vázquez Montalbán

Galíndez



NO TE QUEDES EN LA PRIMERA PÁGINA, CONTINÚA EN TU LIBRERÍA

Raúl

www.librosalacalle.com

